

Artículos Ligeros sobre Asuntos Trascendentales. El sombrero ancho*

Brahma civilizó a los indios y los dividió en cuatro castas: la de los brahmines o letrados, la de los radjahs o guerreros, la de los vaichis o labradores y comerciantes, y la de los sudras o artesanos. Los que no entraron en esta división se llamaron parias, y a esta clase pertenecen los zíngaros y gitanos, que conservaron desde entonces, con su distinto modo de vivir, distinto traje, para diferenciarse de las demás clases. Todos los grupos de gitanos que se han derramado por Europa, bien sea que lleven una vida errante o que permanezcan incrustados en algún lugar poblado, son de hecho los protestantes de la civilización, forman un gremio separado, hablan una lengua que les es propia, no abjuran de sus costumbres y casi no tienen ideas sobre religión y sobre moral.

Bastan estos ligeros apuntes para conocer los puntos de contacto que el lépero tiene con el gitano: el lépero tiene como él su lenguaje, costumbres y traje peculiares; es ignorante en materias de religión y de moral, y no dejará en su vida de usar el sombrero ancho, y este sombrero acusará siempre el estado de sus recursos pecuniarios porque es, por lo general, la prenda de más valor que posee en el mundo.

No vamos a rebelarnos contra el uso del sombrero ancho, o jarano; creemos que la anchura de su ala está

* José Tomás de Cuéllar, "Artículos Ligeros sobre Asuntos Trascendentales. El sombrero ancho", *La Libertad*, año VI, núm. 33 (15 de febrero de 1883): 2.

perfectamente motivada por lo abrasador de nuestro sol y lo torrencial de nuestros aguaceros, y como rasgo característico de nuestro pueblo, forma parte de ciertos encantos pueriles que halagan nuestro patriotismo; nos parece además vistoso, demasiado vistoso, y a veces escandalosamente vistoso. Ha habido sombrero de esos ornado con piedras preciosas, valuado en 36 000 pesos. No se le puede pedir más a un sombrero. Era aquel el *non plus ultra* de los sombreros. ¡Cómo no nos han de gustar los sombreros así! y cómo no nos ha de parecer una elegancia nueva eso de llevar los codos raídos, y el sueldo anual del presidente de la república en la cabeza. Muchos conocieron en México ese sombrero en el año 1867 y, como yo, se quedaron admirados. Otra de las ventajas del sombrero ancho es que por él se conoce a los ladrones; y, desde luego, es una garantía para la gente honrada que los ladrones lleven ese sombrero, como sería una ventaja para los ratones que el gato usara cascabel o cornetita como los tranvías.

Y tan es una ventaja ese distintivo que los pobres viajeros de diligencia tiemblan a la sola idea de encontrar a su paso sombreros anchos, más funestos mientras más galoneados y ostentosos; al paso que esos viajeros unánimemente pasarían de lo más profundo del terror a la más absoluta confianza y alegría, al descubrir en el camino temido que el grupo de jinetes venían en albardón y con sombreros cortos.

En algunos países es necesario vestir a los presidiarios con cotín de rayas para distinguirlos. Aquí todos los presidiarios, los ladrones, los plagiarios y los ajusticiados se visten solos y por su cuenta; todos llevan sombrero ancho.

Es cierto que muchas personas honradas lo llevan, y de lejos no se podría distinguir un hacendado y un ranchero de un bandido, pero eso es de lejos. Las personas honradas están bastante seguras de su honradez y además se fían en sus maneras, y sobre todo en su conciencia. Por otra parte, las personas honradas lo llevan sólo para andar a caballo, pero se lo quitan para ir al teatro y a los bailes.

Consecuentes con el espíritu de la civilización europea y con la loable idea de no parecerse a sus criados, algunas personas han adoptado ya para paseo el traje a la inglesa para montar, y lo encuentran muy de su gusto. En cambio, se ven todavía muchos charros en el Paseo de la Reforma, que para dar cuatro vueltas a caballo llevan calzoneras con muchas docenas de botones de plata, grandes espuelas, jorongo, espada, reata y revólver; y sobre todo el sombrero, el gran sombrero cuya elegancia consiste en ser demasiado ancho, demasiado alto y demasiadamente deslumbrador.

A fuer de cronista y con el fin de dejar a nuestra posteridad un apunte exacto de modas, trajes y costumbres que han de desaparecer, vamos a hacer la descripción del sombrero ancho.

Al principio el lujo del sombrero se redujo al ala, que se ribeteaba con galón angosto y se ceñía la copa con lo que se llama todavía toquilla, que es un chorizo de lienzo relleno de zacate y forrado con galón de plata. Estas toquillas han sido alternativamente formadas de una, dos o cuatro salchichas unidas por mancuernas de botones, por nudos o por cordones de plata. A los dos lados de la copa se colocaban las chapetas, que eran por lo general dos botones o florones que remataban en una espiga, en una bellota o en un colgajo. Después se agregó al sombrero un galón ancho por la parte inferior del ala; después ese galón se puso en la parte superior. Las dimensiones del ala bastaban para hacer del sombrero un objeto pesado, y más grande de lo que generalmente conviene a una estatura regular.

Hoy el sombrero ancho ha llegado a tomar las mayores proporciones posibles, aumentando la altura de la copa en proporción al diámetro del ala; de manera que resulta una combinación entre el sombrero charro y el gorro del *pierrot*. A esta forma que pasó del estilo charro a lo grotesco, se agrega todavía una toquilla formada de seis o siete vueltas de un cordón de plata de media pulgada de diámetro, o un lazo de galón de plata de cuatro pulgadas de ancho. Ésta es la forma más común, pero los adornos varían, agregando a los galones el bordado al pasado; de hilo de oro o plata y lentejuelas, pasamanería, bordados de espiguilla, de oro, etcétera, etcétera, recargando más y más los adornos, hasta

venir a parar en un sombrero todo de plata y oro que no ha mucho estaba de venta en la calle del Refugio y que, juzgando piadosamente, debe haber ido a parar a manos *non sanctas*.

Ahora bien, y siguiendo la historia de las modificaciones que la civilización ha venido haciendo en los trajes, venimos a parar en que los que no han cambiado en nada son los pueblos y las tribus salvajes; éstas se visten hoy como en los tiempos de Alarico, manteniendo, no obstante, esa propensión de todas las razas humanas al cuidado y adorno del individuo. El salvaje usa de los adornos y galas de que puede disponer en su aislamiento, y arranca al jabalí sus dientes, sus garras y sus plumas al águila, y se adorna con ellos para ostentar su fuerza y sus hazañas contra animales feroces. La altura de los penachos y la superabundancia de armas y trofeos indica la categoría del capitán o jefe, y el deseo de distinguirse de sus compañeros inventa insignias y condecoraciones, y no teniendo a la mano más objetos con qué engalanarse, inventa pintarse la piel con los colores más discordantes, que hagan todavía más feroz su aspecto y catadura.

El segundo grupo de individuos de la raza humana, refractario a las leyes comunes de la civilización, es el de los gitanos; y siguen, en un orden más o menos estricto, los pueblos de oriente, a los cuales la civilización europea no ha podido hacer desistir de sus costumbres primitivas.

Siguiendo el mismo orden de ideas, tenemos que considerar que la civilización que alcanzamos no ha podido destruir, ni destruirá en mucho tiempo todavía, la institución de la guerra. Este resto de salvajismo subsistirá todavía, a pesar de todas las tendencias humanitarias y reformistas, y a pesar de haberse verificado en este siglo mayor número de arbitramentos internacionales que en cualquiera otro. Pues bien, la institución militar que con una mano está adherida todavía a la tradición salvaje, por más que con la otra abra las puertas de la ciencia, conserva el traje especial que la distingue de las demás clases civilizadas. En los pueblos más cultos, y por consiguiente más homogéneos en costumbres, subsiste el traje militar como única excepción, y aun en el traje militar, si bien se examina, se notará cierta tendencia a la sencillez y la seriedad. Van escaseando los plumeros, las corazas, las charreteras y los colores chillantes. Se prefiere el color neutro y oscuro, y los adornos van tomando un estilo más sencillo.

Todo resabio de barbarie tiene que estar acentuado con su distintivo especial. Por una de esas anomalías de las sociedades que tienen por ley la costumbre y la rutina, la civilización ha luchado en vano por suprimir las corridas de toros. Esta diversión salvaje tiene, pues, que mantener el tipo del torero a tres siglos de fecha.

El torero, vestido de raso encarnado, y el indio Victorio, adornado con colmillos de jabalí y con plumas de buitre,

están en carácter. La civilización hace un papel detestable ofreciendo un frac negro a estos individuos. El acróbata que apuesta con el público los 365 días del año sobre la manera de matarse y gana la apuesta, debe conservar el traje de los gladiadores que divertían a Nerón dándose estocadas y mandobles. El frac y el libro son un sarcasmo para esta especie de cuadrumanos parlantes.

El traje primitivo que la civilización no puede modificar, es el que conviene en lo general a los individuos en quienes podría suprimirse sin detrimento el uso de la palabra; tales son el salvaje, el soldado, el torero y el acróbata. Todas esas entidades practican sus ejercicios en silencio, porque no se trata sino de la fuerza física y el valor brutal, en cuya ruda ocupación parece demasiado espiritual y metafísico el divino arte de la palabra. En el orden de la anterior clasificación de trajes entran, inmediatamente después, el lépero de sombrero ancho, y formando la 6ª clase de nuestra 1ª división queda el indio, del que trataremos en nuestro artículo próximo.

Queda, pues, demostrado que el lépero existe en nuestra sociedad por una deficiencia de la educación, y que es a nuestra cultura y modo de vivir en México lo que el gitano a la razas civilizadas; que su distintivo característico o su idiosincrasia es el sombrero ancho, y que si la gente civilizada lo usa por excepción, es porque no todas las personas, por cultas que sean, averiguan el *por qué* de las

cosas, y porque el uso y la costumbre son en todas partes las únicas leyes que se cumplen sin sacrificio y sin repugnancia.

El espíritu del progreso humano, que tiende a unificar la educación, las leyes, los usos, las costumbres y los trajes, llegará a abolir el sombrero ancho a medida que vaya confundiendo tribus, razas y tipos, y vaya fundiendo en una masa homogénea los grupos que viven hoy más o menos ajenos al movimiento civilizador de nuestro planeta.